

RESEÑA DE LIBROS  
IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

EMERITA. Revista de Lingüística y Filología Clásica (EM)  
LXXV 2, julio-diciembre de 2007  
pp. 374-386  
ISSN 0013-6662

CRUZ ANDREOTTI, GONZALO - LE ROUX, PATRICK - MORET, PIERRE (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica. I. La época republicana = L'invention d'une géographie de la Péninsule Ibérique* (Actas del Coloquio Internacional celebrado en la Casa de Velázquez de Madrid entre el 3 y el 4 de marzo de 2005), Málaga, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga (CEDMA), 2006. 252 pp.

La publicación del presente volumen es un ejemplo más del alza que en los últimos tiempos está experimentando el estudio de una disciplina importante y no siempre bien tratada en el conjunto de intereses de la comunidad científica: la geografía histórica (consúltese nuestra breve reseña al respecto en el número de la revista *Iris* [SEEC] correspondiente al último trimestre de 2006). La obra, como reconocen los propios editores en su breve pero clara y completa "Presentación" (en castellano, pp. 5-7, y francés: "Présentation" [pp. 9-11]), constituye la primera entrega (que cubre la época republicana y aglutina las ponencias presentadas en un Coloquio Internacional celebrado previamente en la Casa de Velázquez [marzo de 2005], organizado conjuntamente por la Universidad de París XIII y la de Málaga) de las dos que los editores se han propuesto elaborar sobre un tema tan sugestivo como el que ya figura en el título: el análisis del papel desempeñado por la disciplina geográfica, fuertemente especulativa y apriorística, máxime al tratarse del extremo Occidente, en el paulatino proceso de dominio territorial (e intelectual) de *Hispania* por parte de los romanos. La segunda parte de este análisis tomó cuerpo en abril de 2006, fecha en la que se celebró en la misma sede la continuación del Coloquio que ahora comentamos, centrado esta vez sobre la época imperial, cuyas reflexiones verán la luz próximamente en un nuevo volumen no menos prometedor que éste.

El contenido del que actualmente hojeamos está estructurado en tres unidades perfectamente complementarias y lógicamente ensambladas. La primera de ellas (*La representación geográfica de Iberia: tradición y evoluciones / La représentation géographique de l'Ibérie: tradition et évolutions*, pp. 13-114) pretende ilustrar la progresiva concepción de Iberia, entendida como región extrema del poniente, en el marco del complejo diseño teórico de la ecúmene que logró bosquejar la geografía helenística. Y ello atendiendo a diversos aspectos: el papel de nuestro territorio en el esquema cartográfico vigente en la época (F. Prontera [Univ. de Perugia]: "La Penisola Iberica nella cartografia ellenistica", pp. 15-29), su percepción por parte de los especuladores griegos anteriores a Polibio (D. Marcotte [Univ. de Reims]: "De l'Ibérie à la Celtique: géographie et chronographie du monde occidental avant Polybe", pp. 31-38), la impronta colonizadora en la formación de su toponimia y etnoni-

mia griegas (P. Moret [Casa de Velázquez]: “La formation d’une toponymie et d’une ethnonymie grecques de l’Ibérie: étapes et acteurs”, pp. 39-76), el papel del megalopolitano como mediador entre los tradicionales clisés helenísticos y el aporte empírico propiciado por la reciente dominación romana (G. Cruz Andreotti [Univ. de Málaga]: “Polibio y la integración histórico-geográfica de la Península Ibérica”, pp. 77-96) y la configuración geográfica que traza de esta región Artemidoro de Éfeso (B. Kramer [Univ. de Tréveris]: “La Península Ibérica en la *Geografía* de Artemidoro de Éfeso”, pp. 97-114). De todo el libro es ésta la sesión que más interesa al filólogo y al especialista en geografía histórica *sensu stricto*. Destaca en ella precisamente la última comunicación reseñada, que aporta como gran primicia la edición de un pasaje hasta ahora ignoto de efesio (extraído del famoso papiro Galazzi-Kramer) en el que éste revela de primera mano las claves de su concepción geográfica de Iberia, antes sólo conocidas por transmisión indirecta. Pero no desmerecen las restantes comunicaciones, obras todas de muy destacados especialistas, que demuestran tratar con solvencia y escrúpulo las temáticas propuestas.

La segunda parte del libro (*De la exploración a la construcción de un territorio: el papel del conquistador romano / De l’exploration à la construction d’un territoire: le rôle du conquérant romain*, pp. 115-174) está pensada como paso de la teoría geográfica a la praxis político-militar, o, más bien, como expediente de comprobación de la hipotética utilidad empírica de esas balbucientes deducciones alcanzadas por el pensador helenístico generalmente sobre la base de principios matemáticos o astronómicos. Tal es el cometido de las tres ponencias que integran esta sesión, bastante homogéneas a pesar de su parcial disparidad temática (P. Le Roux [Univ. de París XIII]: “L’invention de la province romaine d’Espagne citérieure de 197 a.C. à Agrippa”, pp. 117-134, F. Cadiou [Univ. de Burdeos III]: “Renseignement, espionnage et circulation des armées romaines: vers une géographie militaire de la péninsule Ibérique à l’époque de la conquête”, pp. 135-152, y M. Salinas de Frías [Univ. de Salamanca]: “Geografía real y ficticia de la epopeya sertoriana”, pp. 153-174 [de entre ellas destaca la segunda]). Y las conclusiones son absolutamente negativas: se desprende de su lectura que la concepción territorial de la península que se forjan sus nuevos dueños no es el resultado de la aplicación práctica de los principios estructurales de la geografía helenística, disciplina que, a lo sumo, desempeñó un papel muy secundario en el proceso de conquista, a modo de lejano telón de fondo. La nueva visión romana de Hispania obedece, por el contrario, al desarrollo y a la consolidación de lo que puede denominarse una “geografía militar”, basada en el cúmulo experimental de unos generales más preocupados por las circunstancias estratégicas concretas que por disquisiciones especulativas ajenas a sus intereses inmediatos.

Y como ejemplo concreto de dicha realidad se ofrece la tercera y última de las sesiones que integran el volumen (*Estudio de un caso: el noreste de Hispania, de los Pirineos al valle del Ebro / Etude de cas: le nord-est de l’Hispanie, des Pyrénées à la vallée de l’Ebre*, pp. 175-240). Se demuestra una vez más cómo el progresivo control administrativo romano del valle del Ebro es el factor que condiciona la configuración geo-política del cuadrante nororiental de la península: términos como celtiberos y Celtiberia se consolidan a raíz de la expansión militar romana por dicha

zona (P. Ciprés [Univ. del País Vasco]: “La geografía de la guerra en Celtiberia”, pp. 177-197), así como el papel de frontera asignado tradicionalmente a la cordillera pirenaica arraiga sólo a partir de las primeras maniobras bélicas romanas en su entorno (Chr. Rico [Univ. de Toulouse II-Le Mirail]: “L’«invention» romaine des Pyrénées, ou les étapes de la formation d’une frontière”, pp. 199-215 [trabajo interesante]) y el paulatino dominio geográfico del valle no es más que un reflejo del proceso de implantación romana, en clara sintonía con su jerarquización territorial (F. Beltrán Lloris [Univ. de Zaragoza]: “El valle medio del Ebro durante el periodo republicano: de *limes* a *conventus*”, pp. 217-240). La obra se concluye con un utilísimo apéndice (*Resúmenes y palabras claves de las contribuciones [por orden alfabético] / Résumés et mots clés des contributions [par ordre alphabétique]*, pp. 241-248) en el que se ofrecen compendiados todos los contenidos tanto en castellano como en francés, aparte de su lengua original, en caso de que no sea ninguna de éstas. Y se añade a ello un práctico *Directorio / Annuaire* (pp. 249-250) donde se indican los datos identificativos (dirección profesional, e.-mail, etc.) de cada participante. Al final –y no al comienzo, como hubiera sido deseable– se incluye el *Índice / Sommaire* (pp. 251-252).

Un libro, por tanto, elaborado con solvencia, orgánico, bien documentado, homogéneo y congruente en sus conclusiones, cuyo contenido admite en general pocas objeciones. Sólo en contadas ocasiones se echa en falta algo más de rigor. P. ej., en su escrupuloso trabajo P. Moret no repara (pp. 65-66) en que hoy día suele atribuirse a Caronte de Cartago el *Periplo* que la *Suda* imputa a su homónimo de Lámpsaco, aparte de que la cronología y la producción literaria de este último ha suscitado un debate filológico mucho más complejo de lo que allí se deduce (basta con revisar el dossier bibliográfico que ofrece al respecto G. Ottone, *Libyká* [Roma 2002], pp. 36-45). De igual modo este mismo autor (p. 70) parece presuponer una finalidad utilitaria y práctica en la periplografía helenística que los muchos fragmentos conservados desmienten sin titubeos en favor de su condición eminentemente literaria. Hay ocasiones en las que se reproducen –casi al pie de la letra y con lujo de detalles– los conocidísimos postulados de P. Janni sobre la concepción hodológica del espacio (F. Cadiou: pp. 143-147 y P. Ciprés: p. 184) sin mención explícita de su divulgador original, al que sólo se cita de pasada y en escuetas notas (p. 147, n. 66 [sin siquiera reflejo en la lista bibliográfica] y p. 191, n. 52 respectivamente). Algunos aspectos se tratan muy a la ligera y con referencia a escasa bibliografía: tal ocurre en la noticia sobre las fuentes de la biografía sertoriana de Plutarco, cuestión en la que M. Salinas de Frías (p. 154, con expresión poco cuidada además: “quizá... quizás”) da a entender que habitualmente se considera como modelo a Salustio (con algunas aportaciones de Posidonio), cuando en realidad la crítica mantiene un arduo debate entre Salustio y Juba (hay bastante literatura al respecto). E igual ocurre en el caso del descrédito que merece a Polibio el relato de Piteas, tema de gran trascendencia que habría merecido un tratamiento mayor del que le da P. Ciprés (p. 182, n. 14) al despa-charlo sin más mediante la seca remisión a un solo artículo reciente. En alguna ocasión se traduce de forma poco rigurosa e incompleta, como ocurre en la versión que P. Ciprés ofrece de PLB. III 17, 2 (p. 187, n. 34). Por último da la impresión de que,

al no haberse conservado íntegra, F. Beltrán Lloris (p. 217) concede escaso valor documental a la literatura geográfica fragmentaria (Polibio, Posidonio o Varrón, junto a otros restos de mapas, periplos, geografías descriptivas –curiosamente hoy más numerosos que nunca– a la hora de reconstruir la visión geográfica de nuestra península en época de la conquista romana: evidentemente la inoportunidad de tal postura viene avalada por las propias conclusiones de la primera parte de este mismo libro.

Tampoco desmerecen el conjunto algunas molestas incorrecciones en las citas bibliográficas, que también hay. Por poner algunos ejemplos: P. Moret habla de “MARCOTTE, D. (2002)” (p. 75) sin aclarar que se trata de una 2ª ed. (la 1ª es de 2000); Chr. Rico (p. 201, n. 10) remite a los “travaux de J. Gorrochategui” sin recoger luego en lista ninguno de éstos; F. Beltrán Lloris (p. 219, n. 9) alude a “FATÁS, F. (1998)” cuando en realidad se refiere a “FATÁS, G.”; pero nadie yerra más a este respecto que F. Cadiou, cuya lista bibliográfica (pp. 150-152) ofrece un compendio de anomalías poco justificables: falta alguna obra (“BERTRAND, A.C. [1997]” [pp. 143, n. 40 y 147, n. 66]), hay trastrueque en el orden (“ISAAC, B. [1992]”) y además errata (“PÉREZ LARCHAGE” en lugar de “PÉREZ LARGACHA”). Por lo demás, no se justifican muy bien en una obra que destaca generalmente por su pulcritud algunas (pocas) erratas: sirvan de muestra “*Adroterion*” por “*Akrotérion*” (G. Cruz Andreotti: p. 89), “*était*” por “*étaient*” (P. Le Roux: p. 120) e “indicar que” por “indicar es que” (F. Beltrán Lloris: p. 223, n. 17), aparte de que se confunde “Península” por “Penisola” en el encabezado del capítulo de F. Prontera (pp. 17-29) y se altera sensiblemente el título de la contribución de M. Salinas de Frias en el *Índice* (p. 252). Pero lo que menos justificación tiene es la proliferación de desajustes ortográficos, bastante abundantes éstos. Los hay en la presentación y en los resúmenes finales: “como” por “cómo” (pp. 7 y 246), en el capítulo de G. Cruz Andreotti: “esta” por “ésta” (p. 84) y “auna” por “aúna” (p. 89), y –sobre todo– se prodigan hasta el hartazgo en el de P. Ciprés: “gálos” por “galos” (p. 183), “arevacos” por “arévacos” (p. 184, corregido por ella misma una línea más adelante), “éstas acciones” por “estas acciones” (p. 186), “Polibio quién muestra” por “Polibio quien muestra” (p. 186), “Polibio, quién sitúa” por “Polibio, quien sitúa” (p. 187), “Bétis” por “Betis” (pp. 187, n. 37 [2 veces], 189, n. 47 y 194), “Mágón” por “Magón” (p. 188), “odológica” por “hodológica” (pp. 191 y 192), “aquél en el que” por “aquel en el que” (p. 191, n. 53), “pacificadas” por “pacificadas” (p. 191, n. 53) y “aquél desde el cual” por “aquel desde el cual” (p. 192). Habría bastado con una somera revisión para evitar tales errores. Con todo, nada de lo dicho resta méritos a una obra que, aparte de lo ya destacado, sobresale por una presentación poco menos que impecable, y ello por dos razones principalmente: por la calidad y nitidez de sus muy numerosos mapas y –de forma muy especial– por la excelencia de sus igualmente abundantes textos griegos, carentes de erratas llamativas, algo inusual en estos casos.

FRANCISCO J. GONZÁLEZ PONCE  
Universidad de Sevilla

FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. *Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*, Crítica, Barcelona, 2006, 265 pp. [ISBN: 84-8432-711-6]

El libro de Víctor Fernández del que ahora nos ocupamos no es uno más en la producción científica del 2006, sino que constituye un valiosísimo ejercicio de reflexión teórica no muy frecuente en el panorama español de la historia y la arqueología y, por ello mismo, muy necesario.

*Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado* se estructura en siete capítulos que van organizando el discurso de forma progresiva. La introducción, que lleva por título *El conflicto entre verdad y razón*, nos expone el primer problema clave al que se enfrenta el autor: cuestionar la supuesta objetividad de la razón y su defensa de una única verdad. Continúa, en el capítulo II (*Ciencia, ética y política: la perspectiva postmoderna*), con un análisis exhaustivo de las aportaciones del postmodernismo al pensamiento científico, así como una reflexión, en el tercer capítulo, sobre *La ética en las Ciencias Sociales*. Los siguientes tres capítulos (*Arqueología y marxismo*, *Arqueología y feminismo* y *Arqueología, postcolonialismo y multiculturalismo*) suponen una aplicación directa de los diversos planteamientos postmodernos anteriormente expuestos a la práctica arqueológica, con el potencial renovador que conllevan. Por último la conclusión, con el sugestivo título *Una nueva forma de pensar el pasado*, nos emplaza a repensar el pasado para, de ese modo, poder contribuir a mejorar el presente y el futuro, con la ciencia como un instrumento social que debe reconocer su enorme carga ética y política en un mundo tan complejo como el nuestro.

Como dije al comienzo de esta reseña, el libro de Víctor Fernández es altamente valioso, y ello por múltiples motivos, de los que me gustaría resaltar especialmente cinco.

En primer lugar, ya desde la Introducción uno es consciente de que se encuentra ante el ejercicio consciente de reflexión teórica, tanto histórica como arqueológica, más ambicioso concebido desde las posturas postmodernas y postprocesuales por un investigador español en formato libro, reflejando la problemática de la ciencia histórica en general y del sistema de investigación español en particular. El postprocesualismo y las diferentes formas de aplicar la postmodernidad al campo de la investigación son unas grandes desconocidas en España. Como señala el autor en el capítulo III, la idea que sobre ellas ha trascendido es la del postmodernismo como una irreverencia sin base científica comparable a los movimientos New Age, cuyo único propósito, representado en el célebre escándalo Sokal, es socavar las bases de la tradición sin criterio constructivo ninguno. El autor demuestra que esta visión es falsa, que el postmodernismo no niega irresponsablemente la realidad y nuestras posibilidades de transformarla, sino todo lo contrario. No trata de destruir el pensamiento científico, sino de reconstruirlo, pues considera que la base del conocimiento es su continuo cuestionamiento, alejándose de este modo del estatismo al que condujo la absoluta confianza en sí misma que destilaba la Ilustración y su ciega confianza en el

“dogma de la razón”.

En segundo lugar, el autor reivindica (explícitamente en el capítulo II, implícitamente en todo el libro) la importancia de un tema capital en la labor del historiador: el uso (y abuso, que diría Finley) de la teoría, tan denostada por aquellos que se aferran al positivismo como sinónimo de búsqueda (y hallazgo) de la Verdad. Aunque básica en la labor cotidiana de cualquier historiador, la teoría ha tenido en nuestro país un escaso predicamento y aquellos que se han preocupado por ella han sido, en su mayoría, arqueólogos, como en este caso. No obstante, Víctor Fernández demuestra que el pensamiento arqueológico no puede separarse del histórico y que la teoría es un arma no sólo útil, sino imprescindible en la labor de cualquier investigador, pues es el armazón que nos permite hacernos las preguntas precisas y buscar los medios adecuados para contestarlas.

En tercer lugar, Fernández plantea, especialmente en los dos primeros capítulos, la falsa dicotomía objetividad-ciencia, ética-pseudociencia. Desde el Renacimiento, y sobre todo con la Ilustración, en un intento por separarse de las constricciones religiosas, la ciencia se presentó como un análisis racional y ajeno a la moral que mostraba al mundo “lo que era” frente a “lo que debería ser”. Esta supuesta asepsia moral de la ciencia fue duramente criticada tras la Segunda Guerra Mundial (los efectos éticos de la bomba atómica, desarrollada científicamente, fueron objeto de multitud de debates) y sufrió un golpe definitivo con los estudios de Foucault, los cuales plantean que la verdad está relacionado íntimamente con el poder y que, por lo tanto, la ciencia no escapa a su propia fuerza discursiva y debe ser consciente de ello. Desde la Antropología, como desarrolla en el capítulo III, la crítica a la objetividad científica ha supuesto un verdadero autoexamen, puesto que pocas ciencias han estado tan involucradas políticamente con su sujeto de estudio como la Antropología.

Dicha consciencia constituye la cuarta característica esencial de este libro, que lo hace especialmente atrevido y valioso. La consciencia del poder discursivo de la ciencia y de su empleo de la verdad debería conducir a los científicos a una implicación directa, tanto ética como política, con sus sujetos de estudio, enfrentada al objetivismo banal que se ha promovido hasta ahora y que ha conducido incluso a justificar guerras por cuestiones “técnicas” que no hacen sino encubrir, bajo el supuesto ropaje aséptico de la ciencia, intencionalidades políticas. Los capítulos sobre marxismo, feminismo y multiculturalismo y colonialismo son un buen ejemplo de cómo aplicar la ciencia a mejorar las condiciones de vida (materiales y vitales) de la gente. El marxismo, por su parte, ha contribuido a despojar a la ciencia de su primer carácter esencialista. Por mucho que Marx y Engels partieran de presupuestos decimonónicos y, por tanto, positivistas, sus ideas sobre el desarrollo social cuestionaban el *status quo* y el universalismo esencialista, crítica llevada al máximo por las corrientes renovadoras neomarxistas. Los estudios feministas, en su reivindicación del género y el sexo como construcciones sociales en mucha mayor medida que naturales, han revelado y, por tanto, cuestionado, el carácter androcéntrico de las construcciones clásicas de la ciencia. A su vez, las críticas epistemológicas multiculturalistas y

anticolonialistas implican un esfuerzo por aceptar, en términos de igualdad, otras formas de entender el mundo que se han considerado superadas por Occidente, constituyéndose en una crítica moral y política de la cultura occidental y su pretendido universalismo, que se ha construido a expensas de la eliminación de otras muchas concepciones, justificando en el proceso los arrogantes movimientos coloniales.

Por último, el libro de Víctor Fernández cuenta con un valor poco habitual en las publicaciones históricas que, sin embargo, resulta esencial para la consecución del objetivo último de las mismas, que es la generación y transmisión del conocimiento histórico. Me refiero a la capacidad de transmitir que, como dijera Benedetto Croce en el siglo pasado, “toda Historia es historia Contemporánea”. La obra de la que ahora tratamos es actual, está absolutamente viva y habla continuamente del presente sin dejar, por ello, de versar sobre Arqueología, Prehistoria e Historia Antigua. El Prof. Fernández consigue que el pasado se convierta en parte esencial del presente, que no podamos entender éste sin aquel (ni viceversa), ni plantearnos actuar sobre nuestro entorno sin reflexionar sobre cómo lo hicieron antes nuestros antepasados y las consecuencias que dichas actuaciones generaron.

En definitiva, estamos ante una magnífica obra científica que nos recuerda la importancia de la teoría en nuestros discursos, el papel del pasado en la gestación del presente y la del presente en las formas de entender, asimilar y construir el pasado, así como la constante necesidad de autocritica que implica un ejercicio consciente de nuestra tarea, el cual nos instruye acerca de las posibilidades de análisis que ofrecen las nuevas corrientes postmodernas (conjurando el tópico de su supuesto acientifismo) y nos recuerda la responsabilidad que, como científicos, tenemos con la sociedad, lejos de la imagen de racionalidad imperturbable que el positivismo ha otorgado a la ciencia.

M<sup>a</sup> CRUZ CARDETE DEL OLMO  
Departamento de Historia Antigua y Arqueología  
Universidad Complutense de Madrid  
mcardete@ghis.ucm.es

FORNIS, C., *Esparta. Historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico*. Barcelona, Crítica, 2003. 376 pp.

De entre la no demasiada producción española de obras de síntesis originales sobre la Historia de la antigua Grecia destaca el libro que aquí reseñamos. Se trata, en efecto, de un estudio que versa sobre la Historia de una de las *póleis* que más atención despiertan, en el estudioso y en el profano, de entre las más de mil que poblaron el universo griego: la *polis* de los lacedemonios, Esparta.

Nacido con la pretensión de convertirse en un instrumento al servicio sobre todo del estudiante universitario, el presente libro plantea una aproximación tradicional al mundo espartano, sin que este calificativo implique (todo lo contrario) juicio de va-

lor alguno. Tras un prólogo, a cargo del Prof. Domingo Plácido, mentor intelectual de muchos de quienes en los últimos tiempos se dedican al estudio de la antigua Grecia en España, y una introducción del propio autor en la que establece sus objetivos principales, el libro de estructura en cuatro capítulos y un apéndice, además de la bibliografía y los índices.

El primer capítulo, dedicado a la Esparta arcaica (pp. 27-84) empieza, como suele ser habitual con la cuestión del "asentamiento dorio" asunto sobre el que el autor quizá se muestra poco crítico sumándose al final a la idea de P. Cartledge para quien "no hay que negarle un poco de autenticidad" al asunto (p. 29). No es, sin embargo, un apartado demasiado extenso, por lo que aquí tampoco vamos a incidir más en el asunto. Continúa el capítulo con la formación del estado lacedemonio, asunto en el que quizá vaya siendo hora de cuestionar la versión tradicional, transmitida por los propios espartanos, así como con el problema de Licurgo y la Gran Retra. Sintetiza el autor los principales puntos de las modernas discusiones, aunque tiende a aceptar una importante carga de historicidad en las tradiciones recibidas. Otros asuntos que se abordan en el capítulo son la primera guerra mesenia, asunto debatido donde los haya, en el que el autor tiende a aceptar el juicio de Pausanias (que escribe casi novecientos años después de los hechos) en el sentido de que "gran parte de la opinión pública griega no aprobaba la reducción a la condición servil de un pueblo griego" (p. 51). La fundación de Tarento, las guerras contra Argos, Tirteo y la segunda guerra mesenia son objeto también de sendos apartados en los que el autor presenta los principales problemas historiográficos relativos a cada uno de esos puntos. El capítulo concluye con un análisis de la formación de lo que conocemos como "Liga del Peloponeso" a la que, quizá de forma algo anacrónica para época arcaica se la considera algo así como un "imperio espartano" (p. 70), el problema del éforo Quilón y la también así llamada "revolución espartana", las relaciones de Esparta con oriente y el reinado de Cleómenes I.

Es el segundo capítulo, dedicado a la Esparta clásica (pp. 85-201) el que recibe más atención en el libro, a cuenta tanto de la información disponible como (por ello mismo) el mejor conocimiento que tenemos de esta época. Tras destacar el relevante papel de Esparta en la segunda guerra médica, analiza el autor el periodo de la "Pentecontecia" desde la perspectiva de la renuncia a la hegemonía por parte de Esparta, que él considera forzada más que voluntaria. Analiza, pues, la deriva de la política espartana en esos años, dando el relieve que merece a la revuelta de los mesenios (o "tercera guerra mesenia"), si bien hay algún problema de apreciación en la cuestión del asentamiento de los refugiados de Mesenia en Naupacto (p. 108). Con la creciente tensión con Atenas finaliza este segundo apartado del capítulo para pasar, acto seguido, a la guerra del Peloponeso en la siguiente sección. Realiza el autor una buena síntesis de este conflictivo periodo, resaltando, como corresponde a la visión desde Esparta que muestra el libro, los principales rasgos del comportamiento espartano así como la evolución del mismo a lo largo de esta guerra.

Tras el final de la guerra, Esparta desarrollará su propia política hegemónica



marcada por figuras como Lisandro y, sobre todo, por el largo reinado del rey Agesilao II que para el autor significa "el periodo de imperialismo más descarnado y de indiscutible hegemonía en Grecia por parte de Esparta" (p. 155). Con la paz del Rey, Esparta se convierte en el máximo poder de Grecia y a través de un claro hilo argumental que conduce a través de este complicado periodo, el autor consigue presentar un relato inteligible aunque sin renunciar a plantear los principales puntos de consenso y de disenso entre los historiadores contemporáneos. La pérdida de la hegemonía tras Leuctra y el posterior enfrentamiento contra los macedonios, saldado con una terrible derrota para Esparta y sus aliados en Megalópolis, marcan el final del periodo clásico para Esparta y el final del capítulo.

El tercer capítulo, dedicado a la Esparta helenística (p. 203-243) pasa revista a una Esparta en decadencia y que obtiene cierta gloria en las intervenciones de sus reyes o de algunos de sus notables en lejanas campañas ultramarinas; la crisis de Esparta (económica y social) propicia reformas (Agis IV, Cleómenes III) culminadas con la llamada "revolución" de Nabis que el autor sitúa en el contexto de su época (la helenística). Su muerte y los sucesos inmediatos, cuando ya Roma ha mostrado su deseo de permanencia en Grecia, cierran el capítulo.

La obra se completa con un cuarto capítulo dedicado al *kosmos* espartano (p. 245-319), esto es, a todos aquellos aspectos (sociales, económicos, religiosos, culturales), que caracterizaron e individualizaron a Esparta.

En suma, nos encontramos ante una obra que es muy bienvenida dentro del panorama bibliográfico hispano y que cumple de modo satisfactorio sus objetivos de proporcionar al estudiante universitario (y auguremos que no sólo a él) una herramienta de gran solvencia para conocer lo que supuso la historia de esta *pólis*; pero, al tiempo, y consciente como es el autor de los objetivos de su obra, la misma proporciona al lector no sólo una sucesión de hechos sino también las principales líneas interpretativas que la historiografía contemporánea contempla sobre tales hechos, todo ello acompañado de una más que suficiente bibliografía, agrupada en bloques temáticos que siguen el mismo esquema que el texto, que sin duda permitirá la ampliación de datos y la profundización en los mismos.

ADOLFO J. DOMÍNGUEZ MONEDERO  
Universidad Autónoma de Madrid

Convegno di Studio e Assamblea Nazionale. Itinerari e Itineranti attraverso le Alpi dall'Antichità all'Alto Medioevo. Trento, 15-16 ottobre 2005. *Studi Trentini di Scienze Storiche* 84, suplemento del fascículo IV, Associazione Italiana di Cultura Classica – "Atene e Roma". Delegazione di Trento. Trento, 2005.

En diciembre de 2001 la Regione Autonoma Trentino-Alto Adige acordó adherirse a la delegación de Trento de la AICC, previa subvención de 10 millones de li-

ras. Esta asociación, caracterizada por la tendencia centrífuga protagonizada por sus delegaciones, enfocó la reunión de una manera un tanto limitada. Quizá obligada por el apoyo institucional, o quizá por dejarse en manos de su delegación en Trento, está inundada de una visión un tanto regionalista. ¿Estará por medio la reciente autonomía obtenida por la región tridentina? El caso es que esta reunión careció del lustre de otras pasadas como las turinesas de los primeros 90, y se encuentra también fuera de onda respecto a la reunión celebrada este año también en Turín o el pasado en Nápoles. Los ponentes exponían tanta variedad de metodologías como de resultados. Los únicos factores comunes son el área de estudio, la cronología y la nacionalidad de los autores. El resultado de este cambalache es un libro ecléctico y de visión localista, tanto en su materia como su ambición.

Tiene, a mi entender, algunos puntos fuertes que describiré a continuación. El artículo de Ciurletti sobre vías de comunicación, el primero, es una galería de demostración de un estudio diacrónico. Es un análisis sobre el movimiento a través de la región atesina, desde la prehistoria al medioevo. Para tratar la variedad de información disponible para estos periodos hay un cuidado esmerado realizar los análisis más adecuados. Así, cultura material, epigrafía y literatura pasan por métodos analíticos particulares para llegar a una visión homologable entre épocas. Es, en definitiva, un estupendo ejemplo diacrónico.

También parte de esta premisa el artículo de Albertoni sobre el obispado de Sabiona. El autor, a través del estudio del origen y evolución de la sede episcopal, comprueba los cambios que ocurren en el culto de San Casiano, santo patrón del citado obispado. Es interesante comprobar los cambios de localización a través de la alta Edad Media, lo que no evitó la conservación del nombre.

El artículo de Moretti, sobre el lenguaje simbólico de Silio Itálico en torno a los Alpes de Hércules, es fascinante. Supone un viaje a la imaginería tardoantigua sobre los Alpes como región al margen, escenario místico – algo así como el desierto bíblico. Sin embargo, leer este artículo supone un proceloso zigzag, partiendo del viaje hercúleo y arribando a través del estudio de la *uoluptas* en el autor. Es decir, parece haber incoherencia en el hilo discursivo, restando un poco de efecto a las conclusiones.

Otros artículos interesantes son el de el asentamiento en la Antigüedad Tardía, cómo evoluciona hacia el encastelamiento. También el artículo arqueológico de Dal Ri y Rizzi sobre los restos viarios en los pasos trentinos. Aquí se da una afirmación inverosímil: ¡una calzada de la Edad del Hierro!

En cuanto al resto de artículos, opino que se hubiese podido plantear el anejo entre manos de una manera más ambiciosa, con mayor rigor a la hora de seleccionar lo publicado. Muchos son intrascendentes, o sosos, o ni siquiera se prepararon para publicación. Parece que a algunos esta reunión pilló desprevenidos, sin preparación ni nada interesante que contar. Eso ha sido lo que mejor se ha transmitido a través de esta obra, ambiciosa en el título y menos en lo demás.

GUILLERMO-SVEN REHER DÍEZ  
Grupo de Investigación EST-AP (CSIC)  
El Nuevo Miliario

KULIKOWSKI, M.- *Late Roman Spain and Its Cities*. Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press. 2004, 489 pp. + 20 figs. y 2 mapas.

Acertado y muy clarificador podrían ser los adjetivos que definieran el título escogido por el autor como elemento introductor de su obra. Tanto es así que lo que aquí se nos ofrece es un completo e ilustrado recorrido a través del discurrir histórico de las instituciones urbanas hispanas de época tardoantigua con el claro objetivo de rebatir los modelos explicativos tradicionales que apostaron por sepultar su actividad a partir del siglo III. En definitiva, y a grandes rasgos, tratar de reconstruir la historia de la *Hispania* bajoimperial tomando como base la continuidad en la vida de sus ciudades.

¿De qué forma se puede reclamar este protagonismo? ¿Cuales son las razones que permiten reivindicar la importancia de la ciudad en el mundo peninsular tardo-romano? El rápido desarrollo de nuestra arqueología urbana –estrechamente ligado al proceso de expansión y renovación de las ciudades actuales–, así como la multiplicación de los datos obtenidos gracias a una profunda actualización metodológica, son las bases sobre las cuales se consolida un extraordinario aumento en el conocimiento de la vida de los núcleos urbanos en época romana. La puesta en común de los resultados obtenidos en trabajos monográficos y la presentación de los mismos al lector no hispanoparlante son otros de los cometidos que persigue este trabajo. Es por eso que, de forma lineal, y a lo largo de doce capítulos, los datos históricos se van imbricando de forma natural con las nuevas aportaciones procedentes del registro material.

A definir cuáles son las bases sobre las que se sustenta la vitalidad urbana tardoantigua dedica Kulikowski los dos primeros capítulos; una tupida red de *civitas/municipia* que comienza a formarse en época de Augusto, el proceso de romanización a ellas asociada y, especialmente, la consolidación de unas elites urbanas fuertemente identificadas con la política imperial. El autor, recurriendo a las fuentes escritas y a testimonios arqueológicos, demuestra la continuidad de dichas elites hasta, por lo menos, el siglo V. Ahora bien, estos grupos de poder habrán de adecuarse a unos acontecimientos políticos, socioeconómicos y religiosos que explicarán la naturaleza cambiante de sus aportaciones materiales en los escenarios urbanos.

En el capítulo 5, a nuestro juicio clave en el desarrollo del libro, se pone de manifiesto la sesgada interpretación que, hasta hace bien poco, se hacía de los datos arqueológicos y de la sumisión de éstos al esquema rígidamente marcado por las fuentes escritas, un esquema que estaba dominado por conceptos tales como “crisis del siglo III”, “abandono de las ciudades” y “ruralización”. A la luz de los nuevos hallazgos resulta difícil mantener tal postura, pues son muchos los núcleos urbanos en los que se ha constatado una profunda revitalización de sus estructuras públicas o de representación en época bajoimperial; *Emerita Augusta*, *Barcino Tarraco*, *Corduba*, *Ilici* o *Complutum*, entre otros.

Pero es que además, y aunque resulte contradictorio, la lectura que se debe hacer de la importancia alcanzada por los asentamientos rurales de tipo *villa* viene a apo-

yar esta idea de vitalidad en el ámbito urbano, puesto que no son más que una prolongación de esta vida urbana en su territorio dependiente. Que los propietarios aún mantengan unos lazos sólidos con las ciudades se deduce también de la escasez de mausoleos rurales. Para el autor, la explicación a tal ausencia es que los señores se entierran allí donde desarrollan su actividad, es decir, en las ciudades.

Al análisis y valoración de las fuentes literarias destina una parte del libro, y se posiciona abiertamente en contra de la situación apocalíptica derivada de la lectura del principal referente escrito conocido para la *Hispania* del siglo V, la ‘Crónica de Hidacio’. A tal conclusión se llega tras reflexionar acerca del contexto de desmembración general del Imperio, de la naturaleza cristiana de la fuente, de la procedencia de sus afirmaciones y de la toma de partido del cronista. Otra de las pruebas que confirman la parcialidad del texto analizado es que no exista mención explícita alguna referida a la destrucción despiadada de las ciudades a manos de los bárbaros. Incluso después de la caída definitiva de la parte occidental del Imperio y el relevo en el poder ejercido por los pueblos germánicos, las fuentes documentales confirman el mantenimiento de estructuras de gobierno de indudable cuño romano, si bien desconocemos el alcance real de las mismas. El ejemplo que mejor ilustra la efervescencia de la vida en las urbes y el empuje que aún poseen ciertos sectores sociales que habitan en ellas, lo encontramos en Mérida, que, si bien ha perdido la consideración oficial de capital de la diócesis, mantiene una gran relevancia como sede metropolitana de la provincia eclesiástica estrechamente unida al culto de Sta. Eulalia como elemento revitalizador.

El caso de Mérida, tal vez el mejor conocido tanto documental como arqueológicamente, es tan solo la punta de lanza de un grupo de centros urbanos que, en su afán por santificar y conmemorar a los mártires, nos han dejado buena muestra de su capacidad a la hora de crear un modelo de topografía cristiana fiel reflejo del poder evergético de una aristocracia que ocupa los principales cargos en la jerarquía eclesiástica; *Tarraco, Caesaraugusta, Valentia o Barcino*.

El punto de inflexión dentro de este desarrollo urbano se debe situar a finales del siglo VI, justo en el momento en el que las actas del concilio III de Toledo (589) recogen la trascendental alianza entre la aristocracia civil de origen godo –representada por la figura del rey Recaredo– y el poder episcopal católico. El autor pasa a realizar un breve análisis de las formas de asentamiento urbano que se conocen toda vez superada la escisión que representaba la diferencia de credos. En su opinión, la séptima centuria será testigo de la aparición de un modelo de ocupación de las ciudades que tiene su origen en el mundo clásico pero es preludeo de universo medieval; núcleos con capacidad para dominar el territorio circundante y con un urbanismo concentrado en torno a los centros cristianos, ahora bipolarizado en torno a la basílica martirial y el *episcopium* situado en el interior de las ciudades.

En definitiva, una obra que, pese a su carácter sintético, posee como elemento de validez el enriquecer e incorporar en el discurso histórico los datos procedentes del registro material. Es precisamente por ser este uno de sus grandes valores la razón

por la que debemos realizar una mínima crítica a la presentación gráfica de los ejemplos ofrecidos que, a nuestro juicio, son limitados para un trabajo que acude de forma constante a referencias planimétricas correspondientes los distintos yacimientos.

FRANCISCO J. MORENO MARTÍN  
Universidad Complutense de Madrid